

LIBROS

RECENSIONES

*Vientos de unidad en la geografía norteamericana**

Con motivo del XXVII Congreso Geográfico Internacional celebrado en Washington en agosto de 1992, la Geografía norteamericana a instancias de la Asociación de geógrafos norteamericanos (AAG), se ha interrogado sobre sí misma, al igual que han hecho otras, entre ellas la española. El resultado es un libro de introspección sorprendente e interesante, *Geography's Inner Worlds* (GIW) que renuncia expresamente a organizarse según contenidos temáticos, habituales en este tipo de libros, en particular en su célebre predecesor, *American Geography: Inventory and Prospect* de 1954. GIW, en efecto, lejos de subrayar las subdivisiones dentro de la Geografía norteamericana, trata de mostrar lo común a todas, esos *pervasive themes* de su subtítulo, esas cuestiones permanentes y evidentes que familiarizan a los geógrafos entre sí y les identifican como geógrafos, sean físicos o humanos, pertenezcan a una u otra escuela. Se quiere "articular la esencia de una tradición intelectualmente antigua que continúa cautivándonos".

La empresa, acometida por un amplio grupo de profesionales de muy distinta procedencia y afición bajo la dirección de Ronald Abler, director ejecutivo de la AAG, Melvin Marcus, vicepresidente de la American Geographical Society y especializado en cambio climático y geografía ambiental y Judy Olson, cuya especialidad es la cartografía, era, cuando menos, difícil. Si algo caracteriza a la geografía norteamericana, según reconocen los directores del libro y se pone muy bien de manifiesto en el artículo de David Lanegran sobre la "Comunicación", es la falta de identidad, la extrema dispersión temática, la ausencia de adecuada comunicación interna y la escasa proyección exterior. Una disciplina ensimismada, aislada, dispersa,

como prueban los 41 grupos de especialización dentro de la AAG en 1991, de los cuales sólo seis de carácter regional, más de mil publicaciones periódicas de las cuales bastante menos de la mitad accesibles a la comunidad internacional y sólo menos de treinta analizadas por los servicios de abstract y de citas. Una disciplina que se ha acostumbrado a vivir replegada sobre sí misma y que no acaba de comprender por qué el *National Geographic Magazine* tiene más de 11 millones de suscriptores en todo el mundo. Una disciplina, en fin, que parece redescubrirse a través de la demanda externa de saber geográfico y que asiste esperanzada y algo incrédula a la campaña impulsada por la *National Geographic Society* a favor de la educación geográfica, así como a la consideración de la Geografía por la administración Bush como una de las cinco enseñanzas fundamentales de la educación secundaria (consideración —no hace falta decirlo— sin traducción en la práctica) o a los programas televisivos de alcance nacional del geógrafo De Blij de la Georgetown University en el *Good Morning America* de la cadena ABC (agosto 1990).

Por encima de una práctica profesional que separa demasiado a menudo a los geógrafos, los directores de GIW creen reconocer en ellos un mismo talante de trabajo de campo, un mismo entusiasmo al ver las cosas: "Sólo los geógrafos, cualquiera que sea su especialidad, mostrarán siempre curiosidad y admiración y especularán, explicarán, argumentarán sobre lo que van viendo sea urbano o rural, físico o antrópico, bonito o feo. En el campo, mucho de lo que parece separar a los geógrafos se evapora y lo que les une se hace particularmente obvio." (página 2). Mientras, los demás profesionales, en el autobús, dormitan.

Sea esto cierto o mero deseo, es con este afán de buscar lo que los geógrafos tienen en común, con el que GIW emprende lo que en el propio libro

* ABLER, Ronald F., MARCUS, Melvin and OLSON, Judy M. (editors): *Geography's Inner Worlds. Pervasive Themes in*

Contemporary American Geography, Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey, 1992, 412 páginas.

se denomina un “trabajo de campo” a través de la geografía norteamericana. Las 16 contribuciones de los 27 autores se organizan en cuatro secciones: de qué se trata la Geografía, lo que los geógrafos hacen, cómo piensan los geógrafos y por qué los geógrafos piensan como piensan.

Más allá de esta división, que no deja de ser artificial, algunas cuestiones recurrentes resultan interesantes y están, en general, sugerentemente planteadas. Por ejemplo las que atañen a cartografía, Sistemas de Información Geográfica, teledetección y otras nuevas técnicas. En los distintos capítulos en que se abordan estas cuestiones (el 4º, “Representaciones del mundo”, el 5º, “Observación”, el 6º, “Visualización”, el 7º, “Análisis” y el 8º, “Modelización”), se insiste, en primer lugar, en la ventaja que supone que los SIG devuelvan a la Geografía su identidad cartográfica y confieran al fin a la cartografía dentro de la Geografía una verdadera carta de naturaleza frente a su estatuto marginal anterior. Pero, partiendo siempre de que la cartografía asistida no sustituye a la cartografía tradicional, sino que la complementa. En segundo lugar, los SIG pueden suponer una revolución en el análisis espacial como los paquetes estadísticos la supusieron en el análisis estadístico en los años sesenta, pero siempre que se identifiquen las preguntas apropiadas que hay que hacer al sistema y la escala del análisis. De modo que los nuevos sistemas pueden, según el uso que sepamos hacer de ellos, convertirse en lenguajes de comunicación o de mayor incomunicación aún. Pero, en todo caso, es reconfortante que se admita de nuevo y rotundamente, que un buen mapa es una de las mejores maneras de transmitir los resultados hallados a las nuevas generaciones de geógrafos, siempre que haya claridad en los procedimientos.

La otra gran cuestión presente en el libro es la de la revitalización de la geografía regional (cap. 3º: “Lugares y Regiones”, cap. 10º: “Localización, lugar, región y espacio”; cap. 12º: “El continuo local-global”). Los autores constatan la persistencia del enfoque regional y la consistencia con la que se sigue trabajando a las escalas intermedias, con modalidades distintas que van desde la geografía histórica regional de corte tradicional a la región sistémica pasando por la economía política regional y la ecología política. En lo que a la geografía histórica se refiere, se insiste en el éxito de público que está teniendo la publicación, por parte de un geógrafo histórico joven, Donald Mainig, de una *Formación de América* en varios volúmenes. En lo que toca a los últimos aspectos mencionados, se discute la dimensión regional de los problemas ambientales y cómo el discurso ecológico debe considerarse geográficamente en el marco crítico de la gestión de los recursos locales. En cualquier caso, el estudio regional aparece como el lugar de encuentro de esa actitud de *thinking globally and acting locally* (página 273) que, con la capacidad sintética de la lengua inglesa, expresan autores de la talla de Derek

Gregory o William Meyer. El análisis y la síntesis regionales, concluyen los directores en el último capítulo, goza de nuevo del favor de los geógrafos jóvenes y la geografía norteamericana se beneficiará en gran medida del renacimiento de este patrimonio geográfico (página 393).

En su capítulo final, los directores sacan la conclusión de que el recorrido efectuado en el libro les ha deparado una imagen de la geografía norteamericana menos fragmentada de lo que era de temer, pero también menos coherente de lo que es de desear. De ahí que se planteen dos objetivos: reforzar el diálogo entre la geografía física y la humana, ya que sólo un número escaso de geógrafos físicos de “mente estrecha” y otro igualmente reducido de geógrafos humanos de “aldea” (págs. 337 y 397) pueden desear la separación. Los contrario sería un error trágico que heriría muy gravemente a la disciplina en el preciso momento en que la sociedad necesita una visión sintética y coherente de cómo la humanidad usa y abusa de su medio físico.

El otro objetivo es sacar a la Geografía americana de su parcial autismo, que sepa reencontrar el lenguaje para conectar con la sociedad y que reinicie los estudios de otros ámbitos regionales del mundo. El país necesita, creen los autores, los puntos de vista de los geógrafos regionales.

Por los que es de desear que los geógrafos jóvenes no cometan los errores de sus mayores. Por dos veces en este siglo, con un intervalo de 35 años, los geógrafos han vaciado la bañera, arrastrando el agua al niño que estaba dentro, como significativamente dicen los autores. Primero, cuando al romper con el determinismo ambiental abandonaron toda investigación teórica y los métodos cuantitativos asociados. Por segunda vez, en los años cincuenta, cuando la reacción teórica y analítica supuso el abandono de la dimensión cultural y regional de la geografía. “Los geógrafos americanos pueden hacerse con una disciplina coherente, sintética y global siempre que tengan la voluntad, —la buena voluntad—, la imaginación y la valentía de crearla”.

Con estas palabras concluye GIW. Es de desear que sus buenos auspicios se cumplan, entre otras cosas por la parte que nos puede llegar a tocar.— JOSEFINA GOMEZ MENDOZA (Universidad Autónoma de Madrid).

PITTE, Jean-Robert: *Terres de castanide. Hommes et paysages du châtaignier de l'Antiquité à nous jours*. Fayard, Paris, 1986, 479 págs.

El autor ha elegido como tema de estudio el análisis de la formación histórica de un paisaje rural que gira en torno a un árbol, el castaño en un ámbito histórico y territorial muy extenso, la Europa occidental desde la antigüedad hasta nuestros días. Es una opción alternativa a los estudios regionales que